Tomada vapor

INFORME

LEIDO POR SU AUTOR

EN LA FIESTA DE LA

DISTRIBUCION DE PREMIOS

A LOS ALUMNOS DEL

Seminario Mayor y de la Escuela Anexa.

GUADALAJARA.
Tip. "El Regional" Esq. Alhóndiga y D. Juan Manuel.
1908.

Humilde obsequio al Muy Ilustre Sr. Secretario de la Sgda. Mitra de México, Canónigo D. Ernesto Valverde Téllez su amigo que lo estima y venera.

México, mayo 12 de 1908.

Pbro. Miguel M. de la Llora

Ilmo. y Rmo. Señor:

Señores Diputados Conciliares:

Señores:

Difícil tarea la del orador, que por cuarta vez debe tejer con los mismos hilos la maya de su discurso, ante la justa exigencia de un auditorio culto é ilustrado, que con razón espera hallar novedad en las palabras y en los conceptos de quien le habla. El Seminario, como toda institución formal y seria, basada en principios fijos, sigue sin desviarse el camino recto de su reglamento, con los ojos puestos en el fin sublime de su bienhechora misión, envuelto siempre en las ondas luminosas de la virtud y la ciencia sacerdotales, que son el sol de su peregrinación sobre la tierra. Y un reglamento, ya lo sabéis, señores, informa la vida y da tal regularidad á las acciones, como la dan las fuerzas mecánicas al tic-tac de un reloj perfectamente arreglado. Y los acontecimientos extraordinarios, que de cuando en cuando vienen á turbar la mansa corriente de la vida de comunidad, deben ser por necesidad tan pocos, que no ameritarían, para dar cuenta de ellos, el lujo de un discurso, si este discurso no tuviera más objeto que formar la historia de los referidos sucesos. Pero afortunadamente no es así, señores. El superior de un Seminario debe cumplir, en solemnidades como la presente y en tiempos como los que corren, una misión muy alta en nombre de la humanidad y de la civilización. El desbarajuste de las ideas relativas á la educación, con tan graves desconciertos y tan inminentes peligros de la patria y

lamentables perjuicios de la juventud, piden á los Seminarios, casi los únicos porta-estandarte de la verdad que quedan solitarios después de la ruina de tantas sapientísimas instituciones cristianas, que levantan la voz á la orilla del abismo, por si acaso algún afortunado, entre los incontables que se despeñan, pueden volver á tiempo sobre sus pasos.

Reducida la educación á ejercicios militares y vanas formalidades de etiqueta, y entronizado en la escuela un sistema de instrucción, que doblega las espaldas de los jóvenes y niños bajo la carga de Atlante de mil estudios disímbolos, viniendo á rematar en un monstruoso barniz de erudición formado por pequeñas dosis de casi todas las ciencias experimentales y unas cuantas morales maltrechas y peor paradas, inútil será esperar hombres de verdadera ilustración, de acendrada honradez y templados para el sacrificio, que preparen á la patria días de vida serena y de prosperidad y de gloria.

Mal puede fundar un porvenir lisongero, una generación de saltimbanquis en la ciencia, de anarquistas en el arte, y de equilibristas en moral, sin más *credo* que el medro propio, ni más *decálogo* que las leyes sin ley del egoísmo.

Por esta razón, al dar cuenta á mi V. Prelado, de la marcha del Seminario durante el año escolar próximo pasado, me propongo delinear, con segunda intención, los métodos empleados para educar y enseñar á los jóvenes, según las prescripciones y sanos principios de la escuela cristiana. ¿Saldrá de aquí alguna utilidad? No lo sé, pero, por lo menos, la historia podrá testificar que no faltaron advertencias á los modernos Atilas de la ciencia y la educación en nuestra patria; y los generosos corazones católicos, que palpitan al compás de los mismos sentimientos que embargan al mío, espoleados por el santo amor de su Religión querida y del suelo bendito que los vió nacer, unirán sus fuerzas y sus recursos á los de la Iglesia, para disputar en el campo de la escuela, una palma que simboliza el triunfo de las ideas salvadoras y del honor nacional.

A vosotros me dirijo, sacerdotes y caballeros cristianos, que venís á consolaros del universal decaimiento de la enseñanza y de la desaparición cada día más rápida y completa de la formación fundamental y sólida de las almas juveniles, con el brillante espectáculo de las coronas, que reparte á sus hijos ameritados en las arduas labores del estudio, el Seminario, veterano que se gloría de su metafísica y de su espiritualismo, que ha dado á México tantos y tan ilustres caracteres, honra de las letras que han cultivado con aplauso de la misma Europa y gloria de la patria por ellos enaltecida. No dejéis que se obscurezcan estos blasones. Vuestro poder es grande si os unís con vuestro Prelado y trabajáis con ardimiento y constancia en la magna obra de la escuela. ¡Quiera el cielo que os sirvan de estímulo mis palibras!

Ilmo. y Rmo. Señor:

En el fondo misterioso del corazón de un joven ó de un niño, escóndense, lo mismo que en el desconocido seno de una tierra prolífica, muchos gérmenes preciosos que á su tiempo, si no son ahogados por el precoz nacimiento de la mala yerba, brotarán lozanos y crecerán hasta enflorar y coronarse de abundante fruto. Son las virtudes embrionarias, las fuerzas latentes del genio y del poder, el recóndito venero de la generosidad y la nobleza, todo lo que es el hombre.

Cultivar, ejercitar, desorrollar, fortificar y pulir todas esas facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas que constituyen la naturaleza y dignidad humana del hombre y que forman, por decirlo así, la base de su carácter y la esperanza de su porvenir; dar á todas estas dotes su perfección propia; llevarlas hasta la plenitud de su poder y de su actividad; y todo

esto con el fin altísimo de formar al hombre como debe ser y prepararlo para que pueda servir á su patria en las diversas manifestaciones de la vida social, á que está llamado, y hacer por último un ciudadano de la eterna vida por medio de la honestidad de la vida presente, he aquí la obra trascendental y vastísima de la educación. (1). Ella lo abarca todo en el educando, el cuerpo y el alma, la inteligencia y el corazón, la vida y el carácter, las inclinaciones comunes á todos los hombres y las especiales que empiezan á esbozar en cada individuo las líneas más salientes de su vocación y de su destino futuro. Y no obstante ser tan dilatado el campo abierto á la acción del educador, su obra no es, ni puede ser, una creación; es un perfeccionamiento, una dirección de las aptitudes nacientes, un desenvolvimiento de la naturaleza misma en todo lo que tiene de bueno. *La educación*, dice Fenelón, *debe seguir á la naturaleza y ayudarle.*

Estas reflexiones nos conducen suavemente y como de la mano á concluir que la *instrucción no es la educación*, como en la práctica parecen opinar los que, dejando á un lado todos los medios que, para formar á la juventud, presentan la Religión y la Moral, dánse pomposamente el título de educadores, sólo porque enseñan á sus alumnos algunas nociones de la ciencia, olvidando que ilustrar el entendimiento al mismo tiempo que se dejan sin freno las pasiones, en medio de una situación que abunda en estímulo para el mal, es poner la tea en manos de un insensato; es poner á disposición de la locura más formidable, como es la bestial é irresistible de la concupiscencia sin rienda, el poder más grande que hay bajo del cielo, como es la potencia del saber humano.

Otra consecuencia fluye naturalmente de la doctrina sentada: la tarea del que educa es obra de una observación solícita, laboriosa, larga y delicada; es la obra del amor que se pone en contacto con el corazón y el alma de su alumno para sorprender allí los secretos de la virtud que despunta, como una aurora risueña, ó del genio que empieza á brillar, como las primeras llamas de un fuego que acaba de encenderse; es la obra de la paciencia que mira, remira y aun provoca muchas veces los movimientos de la naturaleza que despierta, para descubrir á qué regiones tenderán su vuelo, como aves que salen de su nido, las aspiraciones de aquel pequeño corazón; es la obra del arte sublime que desbasta diariamente la roca en bruto con el cincel de disciplina, para dar al carácter las formas divinamente bellas del honrado ciudadano, del héroe, ó del santo. He aquí por qué ni al interés mezquino, ni al trabajo mercenario ha sido concedido el honor de realizar los hermosos ideales de la verdadera educación; solamente la caridad abnegada, y la heroica laboriosidad del que tiene vocación al sacrificio, podrán vindicar para sí la gloria insigne de formar debidamente á la niñez y á la juventud.

(1) V. Dupanloup, De l' Education. lib. 1 cap. 1.o

Pero dejemos á un lado por un momento estas ideas fundamentales de la Pedagogía cristiana, para considerar someramente la manera práctica de llevar á cabo el perfeccionamiento de las facultades humanas, que constituye la educación. Se trata de perfeccionar al hombre; pero ¿cuál es el criterio que nos debe servir para juzgar de esta perfección? ¿Cuál es el tipo, dónde está el modelo de acabada belleza en que debemos fijar nuestras miradas para delinear y contornear nuestra obra, como educadores? Dejar al sentir privado de cada uno la decisión suprema en materia tan delicada, sería un error imperdonable. En este asunto, como en otros muchos, los sabios se dividen en millares de opiniones, tantas como son los variados prismas de las pasiones humanas, al través de las cuales quieren mirar los hombres la luz única de la verdad.

El ciudadano maduro, el perfecto republicano de que hablaba el funesto Gambetta en sus audaces declamaciones, cuando trataba de arruinar á la Iglesia por medio de la escuela, y al sacerdote por medio del maestro laico, no será por cierto el ciudadano maduro, el hombre perfecto que deseaba el Conde de Maistre, cuando con su pluma invencible defendía la escuela cristiana. Todos los propagadores de ideas torcidas han querido apoyarse en una educación según sus doctrinas perversas, para reformar al mundo.

¿En donde está, pues, vuelvo á preguntar, el modelo de la perfección? Ya se ve que este perfeccionamiento debe ajustarse á las reglas invariables y eternas de la honestidad y la justicia; pero esas reglas abstractas, que tan bien sirven para dirigir la conciencia, son demasiado áridas para proponerlas así, desnudas de atractivo, ante las miradas del joven y del niño; eso sería desconocer la volubilidad de mariposa que caracteriza á la edad primera; eso sería prescindir de la gran palanca que nos ha enseñado á manejar la misma naturaleza para mover á los pequeños, á saber, del vivo instinto de la imitación; eso sería fracasar en nuestra empresa, aun antes de comenzarla. Es necesario que esas leyes de moral pura y santísima, manifestaciones las más venerables de la santidad infinita de Dios, encarnen, por decirlo así, en un sér viviente, en una persona de carne y hueso como nosotros, en un hombre sin mancilla, dulce y amable con los encantadores atractivos de la virtud, grande con la majestad de todas las dotes de sabiduría, de caridad, de abnegación, de heroísmo, de todo aquello que enoblece á las almas, que cautiva los corazones, que arrastra las multitudes y las hace caer de rodillas, mudas de admiración y palpitantes de amor.

¡Ah, señores! No necesito deciros que ese modelo altísimo y divino existe, y mi alma cristiana necesita caer de rodillas para pronunciar su nombre amabilísimo y adorable! Es Jesucristo, sí, Jesucristo, el único que pudo decir á los pueblos absortos: ¿quién de vosotros podrá argüirme de pecado? Jesucristo, la santidad por esencia, encarnada y visible, la naturaleza, la misericordia, la gracia habitando entre los mortales; Jesucristo, el Rey de las edades ente cuya sola figura, destacada en la obscuridad de las profecías, postraron llorando de esperanza los cuarenta siglos que precedieron al Gólgota y delante de cuyos pies benditos, en la no soñada realidad de su atrayente persona, ya 19 siglos, los que nacieron de la Cruz, se postran humildes y reverentes, bañados en lágrimas de amor!

He allí, señores, el tipo de inagotable pulcritud al cual debe ajustarse toda honradez humana para ser perfecta; he allí la regla de fácil aplicación con la cual puede medirse toda moral para conocer si es verdadera; he allí el secreto de la eficacia única, no igualada en la historia, que tiene la religión cristiana como educadora de los hombres y de los pueblos.

Proponer á los jóvenes y á los niños ese modelo, ponerlos en continuo contacto con él, como lo hacía Don Bosco con los niños callejeros y perversos de Turín, transformados á poco en dóciles y obedientes alumnos, ponerlos en contacto con él por medio de una enseñanza que respire á Jesucristo, por medio de una disciplina cuyo nervio principal es el amor á Jesucristo, por medio de los sacramentos que nos dan á Jesucristo y nos transforma en él, participándonos de su hermosura por medio de la gracia; es cultivar y fomentar las inclinaciones al bien, es vencer las naturalezas más rebeldes á la virtud, es convertir en mansos corderos á los lobos de instintos salvajes y dañinos.

Pero todos estos medios, por eficaces insustituibles, no bastan sin embargo por sí solos para enderezar al ideal de la educación, todas las facultads y tendencias del joven y del niño. Amasados con el barro de la humanidad caída

y vaciado nuestro corazón en los viejos moldes de una raza prevaricadora, los hombres tenemos casi siempre el buen sentido de admirar y venerar la virtud, pero casi nunca el valor necesario para practicarla, remando contra la corriente de nuestras corrompidas inclinaciones. Para esto se necesita un dulce poder que, sin violentar ni profanar la noble dignidad de nuestra naturaleza libre y dueña de de sí misma, sea muy capaz de imponerse á la pasión que brama en el fondo de nuestro sér y hacernos respetar, como algo inviolable y sagrado, la obligación prescrita por la moral y el altísimo derecho de Dios. Este poder excelentísimo, como bajado del cielo, tan indispensable que sin él todo intento de educación se convierte en tiranía é insoportable yugo de esclavos, existe por fortuna entre los hombres y se llama, en los superiores *autoridad*, y en los súbditos *obediencia*. Cuando el hombre manda, cuando quiere imponernos su voluntad, nuestra dignidad herida de séres libres se levanta y protesta en el santuario del alma contra aquella al parecer violación de las más sublimes de nuestras prerrogativas. ¿Con qué derecho el que es igual á mí quiere obligarme á obedecerlo? Yo siento que soy rey de mí mismo, y no he abdicado mi corona. Entonces se deja escuchar la serena voz de la razón, y más alta que ella y más subyugadora, la de la revelación, que nos dice: *pulvis et cinis quid superbis?* polvo y ceniza, por qué te yergues? Mira la frente del superior y allí descubrirás un rayo augusto de luz, que desciende brillante del autor de tu naturaleza, el cual te ha hecho social y por lo mismo sujeto á la cabeza que une y armoniza los múltiples miembros de la sociedad. Inclina tu cerviz. *Toda potestad viene de Dios y el que resiste á la autoridad, resiste á la ordenación de Dios y labra su propia condenación.* (1). No te avergüences de obedecer; antes que tú, pobre in-

(1) Ad Rom XIII 1, 2.

sectillo, el Hijo del Altísimo se hizo por tí *obediente hasta la muerte* y *muerte de cruz* (1). Y la voluntad se somete; pero ¡qué sumisión tan glorio a! Porque al hacerlo, no sirve al hombre sino á Dios; y servir á Dios es reinar; porque al obedecer libremente en esta forma, proclama muy alto la noble condición de su sér. En efecto, con profunda sabiduría dice el Aguila de Hipona: *La obediencia, es un privilegio sublime que sólo posee la criatura racional. El caballo no puede obedecer, sino que cede á la fuerza, ya que le faltan dos condiciones para ello: la posibilidad de entender lo que debe hacer, y la capacidad de cumplirlo por voluntad propia. Al conceder al hombre la razón y la libertad, le ha dotado Dios igualmente del poder de practicar una obediencia libre y social.*" (2)

Pues bien, señores, cuando el educador tiene este deber maravilloso en sus aspectos de autoridad y obediencia, su misión casi no tiene dificultades, porque la juventud y la niñez se convierten en blanda cera capaz de recibir sin trabajo la impresión de la belleza moral; pero cuando carece de este poder, creédmelo, su trabajo es rudo é infructuoso y su misión se torna imposible.

Ved cuán errados andan los modernos pedagogos, cuando quieren educar sin Dios. Ellos no educan, pervierten. Porque, ó fomentan las nacientes pasiones del niño y del joven, para tenerlos consigo por medio de la miel venenosa de la comodidad, de la holganza y la satisfacción de sus perversas tendencias, y entonces los corrompen; ó los empujan á cumplir sus mandatos con el ignominioso látigo de la fuerza irracional y bruta, y entonces los embajecen hasta el nivel del esclavo, corrompiéndolos también: ¡triste dilema de cuyos férreos extremos no pueden escaparse los que sueñan en la insensatez de una ciencia sin Dios!

(1) Ad Philip. II, .8
(2) S. Agustín, Civ. Dei, 13, 20; Gen, ad litt.,8,6,12.

Es tiempo ya, Ilmo. y Rmo. Señor, de aplicar al Seminario las sapientísimas enseñanzas de la Pedagogía cristiana, brevemente diseñadas en las precedentes frases, para que veáis si este plantel querido cumple ó no con su oficio excelso de formar y educar dignos ministros de Dios.

¡Pluguiera al cielo que pudiera presentaros en este venerando y secular santuario de la ciencia y la virtud, un establecimiento de educación, de tan esclarecido lustre y tan acabado perfeccionamiento, que no fuera posible hallar en él defecto ni mácula de ninguna especie! Pero si es vano empeño buscar en las obras del hombre, aunque sombreadas por la protección del cielo, tan grande ausencia de imperfecciones, sí nos es dado regocijarnos, devolviendo á Dios la gloria, de lo mucho bueno que hemos podido implantar y desenvolver en este nuestro muy amado Seminario.

Y desde luego, ese contacto íntimo, esa comunicación continua y al mismo tiempo franca y caritativa, que, como dije al principio, debe existir entre el superior y los alumnos, es en este Seminario una bella realidad. V. S. Ilma. ha querido que los superiores de esta casa estemos desligados de cualquiera otro vínculo y trabajo, que no sea el de guardar y conducir á los sabrosos pastos de la verdad y la justicia, esta porción pequeña, pero muy acariciada, de vuestra numerosa grey. Y así lo hemos hecho, Ilmo. y Rmo. Señor. Aquí vivimos, aquí pasamos los días y las noches, aquí está nuestra constante ocupación, aquí está nuestra alma; nuestras palabras y nuestros pasos, nuestros trabajos y nuestro descanso, nuestras alegrías y nuestras lágrimas, todo lo que podemos y lo que somos, pertenece á la noble familia que nos habéis dado, á estos jóvenes y á estos niños, que son vuestra esperanza y vuestro tesoro, vuestro contento y vuertra corona. A todas horas pueden hablar con nosotros, con respeto, sí, pero sin desconfianza, sin

temor, sin estudiada formalidad; nos hablan como si hablaran con un padre, con un amigo que se interesa por su bien; y nosotros les hablamos á la vez frecuentemente, participamos de sus dolores para consolarlos y de sus regocijos para alegrarnos con ellos, porque hemos identificado nuestra vida con la del Seminario. De este modo podemos conocerlos, podemos descubrir sus defectos para corregirlos paternalmente, sus buenas cualidades para fomentarlas y sus inclinaciones naturales para enderezarlas por el buen camino. Puedo esegurar-ros, Ilmo. y Rmo. Señor, que de los seminaristas internos y externos que formaron la riqueza de este plantel en el año próximo pasado, ninguno estuvo lejos de la saludable influencia del superior. Gracias á la feliz disposición de que el Prefecto sea el Catedrático de Religión para todos los externos, éstos viven por fuerza bajo la vigilancia y solicitud del superior, que debe dar cuenta de ellos al Prelado y que sabe perfectamente si sus discípulos cumplen sus deberes ó se desentienden de ellos, si su conducta es ajustada á la moral ó viciosa, si reciben con frecuencia los santos sacramentos, ó están alejados de tan ricas fuentes de riqueza y lozanía espiritual. Por esta causa pude afimar, Ilmo. Señor, en el informe privado que tuve á honra daros al fin del año escolar, que el externado en su gran mayoría, casi en su totalidad, se había distinguido por su laudable empeño en cumplir con sus obligaciones y vivir como corresponde á la flor de la juventud cristiana, cual debe ser, según mi juicio, la seminarista.

Viniendo ahora, Ilmo. y Rmo. Señor, á la segunda de las enseñanzas antes referidas, debo deciros que Jesucristo es para el Seminario vía de perfección, lumbre de verdad, vida divina, que le comunica savia sobrenatural y extraordinario vigor. Al establecer el nuevo reglamento, que seis años ha viene encausando á la juventud levítica por caminos en que la pie-

dad es lo principal, parece haberse ingertado en el tronco vetusto de esta institución secular, el tierno ramo de una juventud, que le ha devuelto su hermosura de los días primeros, un poco ajada por las injurias del tiempo y las inclemencias de la revelación. ¿Cómo es que los superiores de esta casa, con las riendas de seda de la razón y del amor al deber, desterrados por inútiles todos los castigos, podemos gobernar á una comunidad tan numerosa? ¿Cómo se explica que estos jóvenes, en la plenitud de la vida, envueltos aún en la nube rosada de las ilusiones, en la peligrosa edad de las pasiones vehementes é impetuosas, se sujetan con santa docilidad á disposiciones, indudablemente encaminadas á su bien, pero duras para la carne frágil, pesadas para el espíritu de independencia de los primeros años, y esto sin aquellas insolentes protestas, sin aquellas sordas corrientes de murmuración subterránea, que de modo admirable llegan á salir de las comunidades y suelen extenderse á toda la sociedad; sin aquellas repugnantes discolerías que tanto escandalizan y dividen á los internados? Atribuir tan admirables efectos á dotes excepcionales de los superiores de este plantel, sería una presunción llevada hasta la locura y una ingratitud llevada hasta la monstruosidad. Sois Vos, Jesús mío, vos que vivís aquí como dulcísimo centro de nuestras almas: vos, que nos hechizáis con los inefables encantos de vuestra hermosura; vos, que nos aprisionáis con las suavísimas y deleitables cadenas de vuestro amor! Vivís aquí con la vida de la idea, porque sois la flor de Jessé, reina de las flores que adornan el vergel de la sabiduría, y saturáis de vuestro aroma celestial, toda, absolutamente toda la doctrina que, cimentada en vos, se enseña en nuestras aulas. Vivís con la vida del amor, porque sois hoguera, y las inmensas llamas que se levantan del foco de vuestro corazón adorable, tienen que encender á las almas que se acercan á vos; y los seminaristas, por la continua pre-

dicación, que os da á conocer, por la cuotidiana oración, que á vos los acerca y por los frecuentes sacramentos, que los ponen en contacto íntimo con vos, viven bajo el calor de ese fuego ardoroso para no sentir el horrible frío que da la muerte á los mundanos. ¡Al pensar en este insigne beneficio, surge de mi pecho levantado por la emoción, el himno entusiasta de mi gratitud sencilla, para ir á vuestros sagrados pies como símbolo de adoración y amor! ¡Oh si hubiésemos correspondido á vuestra caridad! ¡Si no tuviésemos tantos defectos en nuestra vida de unión con vos! ¡Oh, si nos dejáramos llevar suavemente de vuestra caridad hasta exclamar con el melifluo Bernardo: «Todo alimento que no está aderezado con esta sal es insípido; no hallamos placer allí en donde no encontramos á Jesucristo, allí donde no leemos á Jesucristo.»

Debo hablaros por último de la obediencia, si bien podría excusarme de esta obligación, con lo que dejo referido. Sin embargo, al recordar que la vida sacerdotal debe estar enclavada en la cruz de la obediencia, que es el nervio de la disciplina y la salvaguardia de la fe y de las santas costumbres del Clero, paréceme que no debo pasar en silencio el constante ejercicio que hacen de esta preciosa virtud los seminaristas, por medio de la sujeción á sus legítimos superiores. Establecida por reglamento la división en clases y la separación de todos los alumnos, de los externos y de los internos y de éstos en distintos departamentos, según su edad y sus estudios; cimentada la disciplina en la base, no del temor, sino de la conciencia, que no debe traspasar ninguna prescripción reglamentaria, sino por necesidad y con el consentimiento previo de los superiores, nuestros educandos tienen á cada paso muchas ocasiones para humillarse y para acudir ante la autoridad en busca de una licencia, que les exige el deber, y sin la cual podrían pasarse facilmente burlando la vigilancia, cosa no

muy imposible para quien se deja guiar por la pasión y no por la conciencia. Así, para pasar de un departamento á otro, para hablar con un extraño, para ocupar un baño, para no acudir inmediatamente á la cita de la campana, los alumnos por lo general cumplen con gusto estas exigencias, tan útiles á la virtud, pidiendo al Prefecto ó á los Subprefectos, la licencia que necesitan.

Quisiera que las simbólicas palmas, que lucen con tanta gallardía en las manos de los triunfadores, publicaran ya la gloria de los jóvenes estudiosos, que con tan arduos afanes las merecieron en las nobles luchas de las ciencias; pero la gratitud me obliga á entrelazarlas, antes que V. S. Ilma. y Rma. las entregue á sus legítimos dueños, con girones de luctuoso crespón, dedicando un recuerdo siquiera, á la memoria del llorado sabio, que el 27 de agosto del año próximo pasado, descendió á la tumba dejando un hueco muy hondo en las aulas del Seminario y en el corazón entristecido de sus innumerables discípulos. El profundo filólogo, cuya fama envió sus destellos de gloria hasta el corazón de la culta Europa, el gran matemático, el invicto polemista, el sesudo filósofo, el teólogo insigne, el amartelado guadalupano, el abnegado patriota que llevó en vida el nom- sin mancha de Agustín de la Rosa; aquel venerable anciano, coronado con la nívea diadema de la edad y de la experiencia, que por más de cincuenta años fué lustre inmarcesible de nuestras aulas, así como fué la gloria más pura de nuestras letras; aquel cuya vida se había juntado en una sola corriente con la vida de este establecimiento y cuya historia estaba incorporada, por decirlo así, con la historia de una larga época, de excepcional importancia, para este plantel; el respetado sacerdote, á quien todo el Clero jalisciense llamaba con el santo nombre de maestro, amándolo con un cariño verdaderamente filial: pagó también el tributo que paga el común de los mortales, descendió á la

inexorable fosa..... murió. Pero su memoria *in benedictione est*, de ella se exhala un perfume de amor y religiosa veneración. Ya su muerte fué casi una apoteosis y su sepultura un triunfo. Toda la ciudad fué á llorar sobre su tumba, y á bendecirlo..... Murió, pero su amado recuerdo vivirá mientras haya aquí un solo seminarista con sentimientos de honor; mientras el Seminario tenga historia; mientras la palabra gratitud no sea una palabra bárbara en nuestro idioma!

Al terminar, Ilmo. y Rmo. Señor, permitidme que os dé nuevamente las gracias por la singular solicitud con que habéis mirado á este Seminario, como si fuera la niña de vuestros ojos. Nosotros nada podemos hacer para recompensaros, porque nuestra gratitud, nuestra adhesión y nuestro amor filial, son un tributo de justicia; pero os aseguramos, que el cielo sabrá premiar vuestra abnegación y vuestra caridad.

A vosotros también, amados compañeros, los que unidos á mí con fraternales y edificantes lazos, lleváis conmigo el peso de la autoridad, y los que con tanta laboriosidad, docilidad y lustre honráis aquí el nombre de maestro, debo recordaros la brillante recompensa que os espera en el cielo, por la parte tan importante que habéis tenido en la delicada formación de esta juventud, de la cual saldrán los salvadores de las almas. Seguid en vuestra labor, nobles compañeros, y seréis grandes delante de Dios. *Qui autem fecerit et docuerit hic, magnus vocabitur in regno coelorum.*

Sed buenos, jóvenes amigos, queridos seminaristas. Recordad que la ciencia es una joya que nada vale, si no va montada en el oro de la virtud. Vosotros sois generosos, no habéis nacido para ser esclavos. Retened, pues, la hermosa libertad de los hijos de Dios. No lo olvidéis: el que hace el pecado es siervo del pecado. *Qui facit peccatum, servus est peccati.* (S. Juan, VIII, 34.)

PRESB. MIGUEL DE LA MORA,
Prefecto del Seminario Mayor.